



Servir como Cristo

(De las notas tomadas en una conferencia)

Le Messenger Évangélique

biblicom.org



Enseñanzas para el bien de las almas

«Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lucas 22:27).

Los encuentros individuales del Señor con un alma son característicos del Evangelio según Juan. A menudo presenta a Jesús obrando en la intimidad con el pecador, hablando con él personalmente, a menudo sin testigos. Estas historias muestran cómo el Dios Hijo y un alma entran en contacto, de ahí su valor único; diferentes según el estado de las almas, son imágenes de la verdad eterna. En el capítulo 4 aprendemos que el plan de Dios va mucho más allá de la salvación del pecador; en el capítulo 5 conocemos al tullido de Betesda, figura de un alma en su miseria y su total falta de recursos ante las exigencias de la ley para su curación; en el capítulo 9, en la curación del ciego, se unen las tinieblas y la luz. Todas estas historias nos elevan a una altura incomparable, la del mismo Dios en relación con los hombres con sus diversas necesidades.

Pero al mismo tiempo que sirven de soporte para la revelación de doctrinas de inmensa importancia, nos proporcionan una valiosa instrucción práctica sobre la forma en que los siervos de Dios deben encontrarse con las almas. Dios ha podido hacer su obra perfectamente aquí en la tierra en Cristo, y ahora los que pertenecen a Cristo son los instrumentos a través de los cuales Dios trabaja. Todos están llamados a servir, todos representan a Dios en este mundo. Por lo tanto, el ejemplo del Señor se pone delante de cada uno de nosotros. «Dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas» (2 Pe. 2:21).

En todos los encuentros que acabamos de comentar, ya sea el doctor de la ley que no conoce las verdades del nuevo nacimiento (cap. 3), el ser humano en su degradación moral (cap. 4), el hombre incapaz de sacar provecho de la ley (cap. 5) y condenado por ella (cap. 8), El hombre en su estado de ceguera espiritual (cap. 9), e incluso el hombre en su estado de muerte (cap. 11), el Señor está ahí para satisfacer la necesidad de la criatura en cualquier situación que se presente, y siempre lo hace con gracia y verdad. «La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Juan 1:17), y, puestas en evidencia de esta manera, hacen brillar ante nosotros la gloria moral del Hijo de Dios aquí en la tierra.

A Nicodemo, que era un doctor de Israel, el Señor se dirigió como el Doctor supremo, el revelador de toda la verdad. En su conversación con él no cedió en ningún punto, le habló con una claridad que a veces puede parecer dura. Muy diferente es la forma

en que el Señor llega a la conciencia y al corazón de la mujer samaritana. Lleva a esta mujer hasta el punto en que se encuentra. La verdad no tiene efecto en el alma cuando está por encima de su estado práctico. El Señor no se presenta a la samaritana como un doctor, sino como el Salvador. Se pone a su nivel, se acerca a ella en el terreno de sus pensamientos actuales, le habla de lo que ella puede entender. Esta es siempre la forma en que se hace el verdadero servicio. La doctrina más segura, si sigue siendo teórica, no tiene ningún efecto: debe aplicarse al estado preciso del alma al que se presenta.

Nada es tan difícil como el contacto real con un alma; más vale decir que es imposible si la gracia de Dios no lo produce. Por lo tanto, encontrar el punto en el que la verdad que tenemos que decir según Dios se adapta al estado de una persona con la que entramos en contacto no puede hacerse sin ejercicio. Es por la falta de este ejercicio que muchos de nuestros esfuerzos son infructuosos: son obra nuestra y no la de Dios. Podemos consolar a alguien que necesita reprensión y advertir a alguien que necesita consuelo, podemos insistir en la gracia a un alma que necesita una palabra seria de reprensión, y solo podemos presentar la responsabilidad a una persona cuya conciencia delicada y atormentada necesita los acentos de la gracia. Encontrar el punto de contacto vital con un alma es fundamental. Si la tarea del Señor es abrir la brecha por la que entrará la bendición, el siervo necesita mucha paciencia en el transcurso de las charlas, mucha práctica previa, y en todo caso debe haber sido llamado de manera definitiva al servicio que emprende.

La dependencia que es tan necesaria se logrará si no perdemos de vista que es la obra del Señor, la obra de Dios. Si no tenemos un sentido de esto, nuestro servicio será en vano. Para hablar a un corazón, a una conciencia, hay que conocer el estado de ese corazón, de esa conciencia, y solo Dios lo conoce; en consecuencia, el siervo solo llegará a la persona a la que le habla con utilidad si se mantiene en dependencia de Dios. Entonces el Espíritu le dará la palabra adecuada, que será capaz, si no de tocar esa alma inmediatamente, al menos de comenzar la obra que Dios quiere realizar en ella, que a menudo es progresiva.

Por eso también es necesario tener *paciencia*. En la escena de [Juan 4](#), en particular, vemos la paciencia con la que actúa el Señor. Llama la atención, por ejemplo, que primero ocupe a la mujer con cuestiones materiales. Ha venido con un cántaro para sacar el agua que necesita; el propio Señor, cansado del viaje, tiene sed. Es de estas circunstancias, de estas necesidades físicas, de las que comienza hablando con la mujer. Sin duda tiene prisa por hablar con ella de otras cosas, pero tiene que empezar por ahí. Otra palabra correría el riesgo de desanimarla o hacer que se vaya, y él busca

ganarla, sabiamente, sin prisas.

Observemos a este respecto que el Señor no se cierne sobre el alma cuyo bien desea. Se pone a su nivel. La tendencia a ponerse por encima de aquellos a los que pretendemos servir es, sin embargo, universal, y los que desean trabajar para el Señor deben tener cuidado con esto al tratar con los demás; si hacemos alarde, abiertamente o no, de nuestras capacidades, nuestro nivel social, nuestras ventajas materiales o nuestros conocimientos, despreciamos el ejemplo de Jesús, y corremos el gran peligro de no aportar nada a la persona a la que nos interesamos. La sobriedad es esencial para el servicio.

Consideremos aquí a Aquel sobre quien descansa toda la gloria de los consejos de Dios: un hombre cansado del camino, que no tiene nada, ni dinero, ni relaciones, ni influencia, aparentemente el más débil de los hombres. Tal era el camino de humillación voluntaria del Hijo de Dios, que lo llevó, aparte del pecado, al nivel de la criatura a la que quería dirigirse, y que la adquisición de una conciencia culpable la había hecho desafiante y temerosa, como vemos en el Jardín del Edén inmediatamente después de la caída. Nada menos que esta humillación del Hijo era necesaria para ganar la confianza de la criatura. Así podemos entender que no es poca cosa entrar en la esfera en la que se desenvuelve un alma, y entrar en ella de tal manera que nazca la confianza en esa alma. Jesús nos da un ejemplo del trabajo y de la aplicación que esto implica. Está con esta samaritana como si no tuviera nada más que hacer, como si todo su servicio se redujera a este encuentro. Se dedica por completo a ello. Esta *dedicación* completa también nos falta mucho, la que nos haría indagar con interés sincero y profundo en las circunstancias de aquellos con los que tratamos. No hay otra entrada para las almas, especialmente para los inconversos.

Esta dedicación procede del *amor divino*. Dios actúa como el Dios que «amó tanto al mundo» (Juan 3:16). ¡Que sus siervos muestren este amor en acción en su trabajo! Es el amor divino el que lleva al Señor al pozo de Sicar para encontrarse con la mujer de Samaria. Es este amor el que se gana su confianza. Ve que Jesús no es un samaritano sino un judío, y se sorprende. “Aquí, piensa, hay alguien que no me desprecia, que no me hace sentir su superioridad”. La forma de actuar del Señor también sorprende a los discípulos. Es tanta nuestra tendencia natural a establecer principios y reglas que cuando el Señor Jesús se presenta y va directamente al corazón, asombra. En la mente de la mujer es simplemente una de esas distancias que la vanidad humana establece entre diferentes clases de personas, aquí religiosamente, entre judíos y samaritanos. Cuidemos de no hacer sentir ninguna distancia y, por lo tanto, llenémonos del amor de Dios a través del Espíritu Santo. Es una cuestión de

realidad, no de teoría, y tendremos que estar siempre ejercitados de nuevo y mantenernos en la presencia de Dios. En esa presencia desaparecen todas las distinciones del mundo, y se juzga todo lo que el orgullo humano engendra. Así, es como todas las jerarquías religiosas aparecen como abominaciones. El principio inmutable que debemos recordar es y sigue siendo: «El que desee ser grande entre vosotros, sea vuestro siervo» (Mat. 20:26).

Pero esta humillación, esta humildad de la que el Señor nos da el ejemplo perfecto, no puede ser el resultado de una decisión de nuestra propia voluntad. La imitación de la humildad no es mejor a los ojos de Dios que el orgullo descubierto. Del mismo modo, la imitación de la dedicación no tiene ningún valor para el Señor. Lo «que es verdadero en él» (1 Juan 2:8) es lo que es verdadero en los suyos, los rasgos que vemos en Cristo y que él a su vez produce en nosotros son los únicos que le importan para Dios. Reconozcamos que estos rasgos divinos de dedicación y humildad, manifestaciones del nuevo hombre exclusivamente, están muy ausentes hoy en día en comparación con las generaciones anteriores. Animémonos, no a imitarlos exteriormente, sino a beber de las fuentes de las que ellos bebieron, y a realizar la humildad que el sentimiento de la presencia de Dios produce en el creyente y que se expresa en la dedicación en la dependencia.

Creemos que estamos poniendo el dedo en la llaga en muchas cosas que restan al servicio parte de su valor y eficacia. Es relativamente fácil estar ocupado con varios servicios; es mucho menos fácil hacer un buen servicio, un servicio oscuro, sin testigos, pero inspirado y reconocido por el Señor. El estado práctico del siervo es más importante que las circunstancias visibles del servicio, y este estado práctico para un servicio eficaz implica sobre todo la disminución del que sirve.

Hay dos grandes peligros en relación con la *actividad* en el servicio. El primero es tener inclinación a decir: “Puesto que Dios lo hace todo, ¿para qué hacer algo?” Este es el lenguaje de la carne, el lenguaje del perezoso. No olvidemos que Dios trabaja a través de los suyos, así como en los suyos. Por otro lado, el otro peligro consiste en emprender y actuar sin un ejercicio profundo y constante. Sustituir la pereza por el celo de nuestra voluntad carnal y por la dedicación humana no es ciertamente según Dios.

Puede ocurrir que retrocedamos ante un servicio que se debe hacer porque retrocedemos ante el ejercicio previo que supone. También en este caso uno es perezoso. Una vida de servicio es una vida de comunión ininterrumpida con el Señor. Para servir, hay que estar con él antes, durante y después del servicio (porque una vez

hecho el servicio, todavía hay peligros). Servir es estar con él.

Es importante señalar que no estamos llamados a elegir los servicios a realizar. El Señor no eligió. Su oído era abierto cada mañana por Jehová y escuchaba como los que son enseñados (Is. 50:4). Todo su servicio era el que fue planteado ante él. No tenemos que elegir más que él y, sin embargo, ¡cuántas veces lo hacemos! ¿No dudamos a veces en hacer una visita porque tenemos poca afinidad con la persona a la que se va a visitar, o dejar de lado un servicio que nos pondría en la sombra para buscar algún otro que nos ponga en relieve? Ah, escuchemos más bien al Señor que nos da el secreto de la mayor felicidad que puede haber en la tierra: «Mi comida –dice– es hacer la voluntad de aquel que me envió, y acabar su obra» (Juan 4:34).

Tengamos en cuenta también que un siervo puede haber servido en dependencia en un momento dado, y luego actuar de manera muy contraria a la voluntad del Señor. Un buen estado práctico no es, de hecho, algo que se adquiere de una vez por todas; presupone una vigilancia constante, por lo que la dependencia en el servicio debe ser renovada constantemente. El peligro de los hábitos existe en todas partes, y en el servicio en particular. El Señor no tenía hábitos, y la vida cristiana no puede tener más. El servicio no es una profesión; si se convierte en una, ya no es un servicio. Pero en la cristiandad se ha encontrado más conveniente convertir el servicio en una profesión, mientras que el servicio cristiano, como la propia vida cristiana, presupone un ejercicio ininterrumpido.

Otra lección se nos da en el pozo de Sicar: el Señor está allí *solo*. No hay entrenamiento en el servicio. Ciertamente, uno puede animarse mutuamente, estimularse mutuamente, como hace Pablo con Arquipo; también podemos realizar un servicio en común, y Pablo habla muchas veces de sus compañeros de trabajo, de sus compañeros de fatigas, de sus compañeros de armas. Pero el servicio a dos no excluye en absoluto la dependencia de cada uno. Ahora, cada persona tiene una tendencia inconsciente a caminar con la fe del otro, la dependencia individual es más difícil de lograr en un servicio de dos personas. El Señor envió a sus discípulos de dos en dos, pero esto daba al mensaje que proclamaban, y que era un mensaje final, un carácter oficial: constituían un testimonio suficiente y completo de **dos testigos** por parte del Señor.

En el caso de un servicio de dos personas, los dos siervos no suelen estar en el mismo plano. El joven de Jonatán llevaba sus armas; en apariencia no hacía mucho, pero era un apoyo y un complemento para su amo (1 Sam. 14:7, 13). Lo mismo ocurre cuando un amigo ora por el servicio de un obrero del Señor. Cuando Pablo trabajaba con

Bernabé, cada uno tenía su parte, siendo la de Pablo más destacada, pero no había celos entre ellos. Timoteo ha trabajado con Pablo, sirviendo «como un hijo sirve a su padre, así ha servido conmigo en el evangelio» (Fil. 2:22) y Pablo podía decir que no tenía «a nadie del mismo ánimo» con él (v. 20). Marcos comenzó y no duró. El propio Bernabé, tan valioso siervo, se detiene. Así que, el servicio a dos, era difícil incluso en la época de los apóstoles.

El Señor llama a cada siervo aparte. Esto no excluye la colaboración, al contrario, pero solo puede ser feliz si cada uno ha sido llamado como si estuviera solo. Alguien puede seguir a un siervo, y esto puede ser según la voluntad de Dios, para su instrucción. Guardémonos de establecer cualquier regla en este asunto como en otros, excepto, por supuesto, la de la dependencia.

Un hermano no debe empujar a otro al servicio, como tampoco debe empujarse a sí mismo. Ciertamente puede ayudarle: si tiene discernimiento y teme a Dios, reconocerá que su hermano ha recibido algo del Señor; primero orará por él, lo animará, pero sin empujarle. Empujar a alguien es exponerlo a tropezar, colocándolo en una posición a la que tal vez no esté llamado, o haciéndolo sobrepasar el nivel de su fe. Leemos que Pablo quiso que Timoteo fuera con él (Hec. 16:3), pero también leemos que el don de la gracia para servir le fue dado a Timoteo por profecía y por la imposición de manos del cuerpo de ancianos (1 Tim. 4:14): seguramente el Espíritu habló primero, como también ocurrió en Antioquía. Donde haya piedad habrá vocaciones que vienen de Dios, como encontramos en Isaías 6: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí» (v. 8). Es Dios quien envía a su siervo.

Este hecho de que el llamado debe venir de Dios es aún más importante de considerar porque hoy en día tendemos a olvidarlo. Hemos visto que todo siervo debe hacer su servicio con su fe personal, aunque lo haga en colaboración con otros. Esto excluye a las empresas colectivas para las que acomodamos la mezcla de personas, algunas de las cuales pueden ser llamadas y otras no. En las Escrituras no encontramos una compañía general de servicio, excepto la Asamblea entera, y esto es de gran importancia (Hec. 14:26; Fil. 1:27, etc.). El Señor es el Maestro del servicio, y es de él de quien todos dependen y deben depender directamente. Esto no excluye la ayuda material prestada para el servicio, que es una manifestación de la comunión sobre el mismo. En el mundo actual vemos cada vez más un liderazgo colegiado, y esta tendencia está ganando terreno en los círculos cristianos porque el conformismo con el mundo los invade. Este método de hacer la obra de Dios está en desacuerdo con lo que enseñan las Escrituras. Con demasiada frecuencia estas

empresas se basan en la existencia y el juego de la voluntad personal al margen de la dependencia y la obediencia al Señor. Por lo general, ¡se alienta la carne en lugar de oponerse a ella! ¡Qué peligrosa es una acción que no parte de la sola voluntad del Señor, y en la que los comités se sustituyen a la vez a esa vocación individual que no se deja aconsejar por la carne y la sangre, y a ese ejercicio de la Asamblea que reconoce, aprueba y sostiene a los que el Señor envía!

Debemos desear que haya un ambiente en las asambleas que permita al Espíritu expresarse, como en Antioquía, donde «Había en la iglesia que estaba en Antioquía profetas y maestros» (Hec. 13:1). «Mientras estos servían al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: Separadme a Bernabé y a Saulo, para la obra a la que los he llamado» (v. 2). No fueron los profetas ni los maestros los que enviaron a Bernabé y a Saulo, ni la asamblea; pero una atmósfera de piedad permitió que el Espíritu expresara claramente la voluntad divina, y en la comunión del Espíritu, tras un santo ejercicio de ayuno y oración, les impusieron las manos en señal de comunión y los encomendaron al Señor (v. 3).

Es obvio que una atmósfera de piedad así es deseable en las asambleas para que el Espíritu pueda actuar allí sin ser contrariado. La debilidad que tenemos que lamentar en la práctica del servicio está relacionada de manera general con el hecho de que el nivel espiritual ha bajado en las asambleas. Esto es ciertamente un obstáculo para el despliegue del poder del Espíritu a través de aquellos que el Señor quiere utilizar en su obra. Por lo tanto, hay una responsabilidad general y una responsabilidad de cada individuo como parte de la Asamblea de Dios. Cada uno debe pensar en esto si queremos que la obra del Señor se realice como él desea, por los instrumentos que él mismo elige.

Recordemos para terminar esta palabra perentoria del Señor: «Nadie puede servir a dos amos» (Mat. 6:24). Detengámonos ante lo que ella implica, y dejemos que nuestro único motivo en la actividad cristiana sea verdaderamente el amor al Señor, exclusivo de cualquier pensamiento, voluntad o interés personal.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1960, página 305